Tesoro de la *Misericordia* galdosiana: Una interpretación

Esta es mi segunda cala —*cala*, en argot, también es peseta— en la *Misericordia* galdosiana[1].

No creo que la manoseada «ola de espiritualidad» que, en esos años, se extiende por Europa, tenga tanto que ver con esa novela. Desde sus comienzos, le preocupa a Galdós lo religioso —a España, desde siempre— y, poco a poco, tras el vapuleo de *Doña Perfecta* y *Gloria*, vuelve la espalda a los triunfalistas conciliares de Pío IX y, después de unos años presenciando su mojigatería «infecunda para el bien» (DP, 506), se alza de nuevo a atacarles con los Evangelios en la mano; mostrándoles ahora no como son, sino como deberían ser. No consta que la Benina misericordiosa oiga misa en toda la novela ni una sola vez. El ataque se extiende a varias obras, y *Misericordia*, su cumbre, parece más un testimonio de conversión *sui generis* —y por novela interpuesta—, que resultado feliz de una moda europea. La obsesión galdosiana de caridad, amor paulino, misericordia, y sus alabanzas, es raro no encontrarlas desde *Gloria*, por lo menos, en adelante.

El gran predicador mal entendido —además de gran novelista— que fue Galdós, gritó de lo lindo desde 1876 hasta el final de la década. Y veinte años más tarde tiene perfecto derecho a ironizar e inquietarse cuando cualquier brote genuino de cristianismo literal, es asimilado en la alta burguesía, la Prensa y las tertulias acéfalas y «diletantes», al espiritualismo de moda. Nazarín habla con el «fiero» don Pedro de Belmonte, en Sevilla la Nueva, y se limita, con sereno contento, a elogiar al nuevo Pontífice, León

[1] Me atengo a los tres tomos de *Novelas* de las *Obras Completas* de Galdós, edición de F. C. SÁINZ DE ROBLES, Madrid. La paginación va en el texto, con el volumen, antes, en números romanos; en *Misericordia* el volumen (III), se da sólo una vez. Cuando la procedencia de la cita no es clara, antepongo la sigla de la novela (DP, *Doña Perfecta;* H, *Halma;* LD, *La Desheredada*). El volumen I es de 1975, reimpresión; el III, de 1970, primera edición; el III, de 1977, reimpresión; el II, de 1970, primera edición; el III, de 1977, reimpresión. Para las citas del *Quijote*, sigo la excelente edición manual en dos tomos de Martín de Riquer, en Editorial Juventud, Barcelona, 1967, 5.ª edición. Los tomos, o partes, del *Quijote* se dan en números arábigos.

XIII, y a dejar constancia de que en la Humanidad hay «una feliz reversión hacia lo espiritual» (III, 534) y, entre los dos, el Padre Nazario Zaharín y don Pedro de Belmonte, especulan sobre la cepa donde poder hallar al Moisés que guíe y calme a la Humanidad futura, en un capítulo de gran interés, el VIII de la III parte.

En *Halma,* Galdós acepta —ni más ni menos— que haya estas modas, y las toma algo a beneficio de inventario. La de la religión le parece «que en cierto modo es saludable, dígase lo que se quiera» (III, 596). Las llama «ventoleras», que es el viento pasajero, sin lógica y más bien loco. «En literatura —dice— también vienen y van estas ventoleras furibundas, que harían grandes estragos si no pasaran pronto. Sopla a veces un realismo huracanado que todo lo moja; a veces, un terral clásico que todo lo seca» (III, 596). En la misma novela, el «chico de la Prensa», Zárate, del que se burla el narrador, ve también concomitancias entre el ideal nazarista y el misticismo ruso, y el excelentísimo sacerdote don Manuel Flórez refuta esa simpleza en larga parrafada sin desperdicio, de la que sólo citaré unas líneas pintorescas: «No sean ustedes ligeros, y aprendan a conocer dónde viven, y a enterarse de su abolengo. Es como si fuéramos los castellanos a buscar garbanzos a las orillas del Don, y los andaluces a pedir aceitunas a los chinos» (III, 619). La Condesa de Halma, más adelante, le dirá a su primo que lo que a él le pasa es que se ha «dejado influir por esas rachas de ideas que vienen del extranjero, lo mismo que las modas del vestir, del comer y del andar en coche. Te cogió la ventolera religiosa...» (III, 658). Ventolera; rachas, como en un juego...

Misericordia parece consecuencia inevitable de los cien mendigos que Pepe Rey ve en Orbajosa desde la entrada del pueblo hasta llegar a la puerta de doña Perfecta; la mayor parte de ellos, «sanos y aún robustos» (I, 428). De la burla, el horror, el infatigable ataque del novelista a la Beneficencia, libro tras libro. De la vaga y contínua sospecha galdosiana de que las mentiras pueden ser muy bien verdades de las más elementales. Del arruinador despilfarro en tantas páginas. De que, a veces, los sueños salen verdad. De que el Cielo solo no nos dará nada si no miramos también a la Tierra. De «la disparidad terrible entre los medios de existencia y el nombre retumbante que se lleva en el mundo» (H, III, 607). Etc. Y, por supuesto, en ella hay también, como han advertido otros, elementos de *Gloria* y *Marianela.*

Se ha visto un Quijote a lo divino en Nazarín; lo que la Condesa de Halma pretende en Pedralba, también a lo divino, es lo que llevan a cabo en Pedrola la Duquesa cervantina, y su Duque: crear un ámbito posible de irrealidad. Benina es la quijotesa, disparada, como ellos, hacia el amor

grande; pero en la ciudad, en la Corte nada menos, donde hay que defenderse también del Orden Público, sin renunciar a la mentira piadosa, al callejeo heroico, al visiteo salvador. Su mezcla de verdades y mentiras es de cepa quijotesca; la «salsa del hambre» con la que come su pedazo de pan —a la que Benina añade la de la esperanza— es quijotesca también. «Este mundo tan grande de la miseria» (III, 724), para Benina, equivale a lo que Montesinos piensa y le dice a don Quijote: «Créame vuestra merced (...) que esta que llaman necesidad adondequiera se usa, y por todo se estiende, y a todos alcanza, y aún hasta los encantados no perdona» (2, 711). Quijotescos son, en Benina, la fusión y alto concepto de la justicia y la misericordia (2, 842). Paulina es en sus obras —acaso sin saberlo—, como las páginas del *Quijote* en labios de Benengeli y el Caballero (2, 853/2, 954). San Pablo escribió que «la caridad es sufrida, es *benigna*»[2]. Doña Paca termina quijotizada, digo *benignizada;* apostrofa al verdadero don Romualdo para que declare que es el inventado por Benina, e incluso le explica a ésta que el que logró la «maravilla» de la herencia no puede ser otro que *su* don Romualdo. La vana cabeza de doña Paca corta las fantasías despilfarradoras de su hija tras la herencia, diciéndole: «Bueno es que sepas qué tamaño ha de tener la sábana antes de estirar la pierna» (782). Lo mismo que Sancho: «Nadie tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana» (2, 927) ¿Y qué otra cosa podría sentir Sancho cuando desaparece su amo para siempre que lo que siente doña Paca cuando pierde a su criada?: «No puedo pensar... Me falta la inteligencia, me falta la memoria, me falta el juicio, me falta Nina...» (775) Sin entrar en la «ínsula» que la sanchopancesca Juliana, «que apenas sabía leer y escribir» (796), logra encarrilar con mano de hierro, ni en la penitencia del yermo que se impone a sí misma Almudena cuando su dama esquiva el intercambio amoroso.

Del maridaje de Galdós y Cervantes —especialmente con «el libro más admirable que ha producido España y los siglos todos», como dice Gloria (I, 524)—, se ha escrito algo, pero quiero hacer ver la intensa compenetración que es obvia en la novela que comento. La ocurrencia temática desarrollada en *Misericordia* es también quijotesca, pero nada casual: el criado que pide limosna para mantener al amo. Francisco Ayala, en un memorable estudio, recordó, a este respecto, un precedente único: el Tratado III del *Lazarillo*[3] aunque nadie, que yo sepa, ha señalado otro en el propio Galdós: *El Doctor Centeno,* donde hallaremos, además, insinuaciones o ideas que encontrarán acomodo más oportuno en *Misericordia.*

[2] I Epístola a los Corintios, 13-4.

[3] FRANCISCO AYALA, *La novela: Galdós y Unamuno,* Barcelona, 1974, p. 57.

Centeno se escribió catorce años antes y allí, en las páginas finales, con Alejandro Miquis sin blanca y casi en la agonía, su pupilo, escudero y admirador también, Celipín Centeno, sin saber ya dónde acudir, extiende la mano en el Paseo de Recoletos y pide limosna para su amo enfermo. Ya entrada la noche, se encontrará al patético don José Ido del Sagrario, que ha enseñado a escribir a todos los gobernantes, y que también esa tarde ha pedido limosna —dice— por primera vez. Entre tanta pobreza, libro tras libro, años tras año, acaso el sorprendente hecho del criado que pide para el amo, no fuera, en absoluto, chocante en la vida real.

Sin embargo, en la criada Benina encontramos un matiz que no aparece explícito en Lazarillo ni en Celipín Centeno. La sirvienta de doña Paca es un instrumento providencial con funciones en un tiempo preciso: el que va de la completa ruina a la herencia, cuya esperanza ayuda a sostener y de la que, indirectamente, es heraldo, al fundirse el don Romualdo inventado y el real. La Señora de Zapata despide a Benina dos veces por la misma —y única— razón: la sisa; aunque lo que hace, en realidad, la sirvienta es, en frase de Galdós de otra novela, «comprar el pan de hoy con los ojos de mañana» (LD, I, 1037). La segunda vez, la sirvienta hace, al irse, lo que Santa Teresa: sacudir sus zapatos para no llevarse pegado en ellos ni el polvo... Después de la primera despedida, vuelve, y las dos, criada y señora, se alegran de verse, «pues algo —dice el narrador— *(no sabían qué)* existía entre las dos que secretamente las enlazaba, algo común en la extraordinaria diversidad de sus caracteres» (701). Ese «no sabían qué» lo escribe el autor, destacándolo, entre paréntesis. Después del segundo despido, vuelve otra vez a la casa, e intenta la explicación de ese algo inexplicable que la lleva allí, el «no sé qué»: «Yo no sé qué tiene la señora; yo no sé qué tiene esta casa, y estos niños, y estas paredes, y todas las cosas que aquí hay; yo no sé más sino que no me hallo en ninguna parte. En casa rica estoy, con buenos amos que no reparan en dos reales más o menos; seis duros de salario... Pues no me hallo, señora, y paso la noche y el día acordándome de esta familia...» (702). Veinticuatro capítulos después, tras la presencia de don Romualdo y, —en el capítulo siguiente—, la declaración formal de la herencia, el «milagro» está hecho y Nina se va..., aunque detrás de ella deje la otra miseria, la de las conciencias. Doña Paca le dice: «Nina, desde que te fuiste, ¡mira qué casualidad!, entró la suerte en mi casa... Parece un milagro, ¿verdad?» (788). Benina fue el alimento mirífico, el maná, llovido del cielo pero cosechado en la tierra, ¡con cuánto trabajo!...

Observamos en *Misericordia,* bien delimitados, tres planos o niveles sociales con un ápice más bien flotante, independiente, grotesco, personificado en don Carlos Moreno Trujillo, cuyo dinero sestea, para él y para

los demás, creándole renta...: El nivel de los pobres de nacimiento; el nivel de los que han nacido ricos y ahora, por manirrotos, viven «inconscientemente de limosna» (700) y, por último, el nivel, situado lejos por Galdós, como un mundo contaminador y aparte, de los que son, antes que nada, pobres de moral y explotan, para su vivir y mal vivir, la miseria o el vicio ajenos. Es en este mundo —que el autor se cuida bien de no mezclar con los otros— donde Galdós emplea una técnica simple de caracterización y distanciamiento, que constituye una práctica policial tan acreditada como antigua: el uso de alias o apodos envilecedores. Ricardo Gullón vio que, en el novelista, «el proceso erosivo de los valores, propio de un mundo regido por la apariencia, se acentúa utilizando diminutivos y apodos»[4]. Así es: Lucas, el irresponsable marido de Obdulia, prostibulario y jugador, no pasará nunca de Luquitas. Y los demás van a ser el Comadreja, la Pitusa, el Rey de Bastos, Pedra la Borracha, Diega Cuarto e Kilo y Si Toséis Toméis. Recordemos el episodio quijotesco de los galeotes, en que el comisario habla así: «Este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla.» A lo que el galeote contesta: «... váyase poco a poco, y no andemos ahora a deslindar nombres y sobrenombres. Ginés me llamo y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia y no Parapilla, como voacé dice» (1, 208). Pero en el capítulo XXXI de *Misericordia* hallamos un buen ejemplo de trato semejante cuando el polizonte de la ronda secreta arrastra a la criada a San Bernardino.

A lo largo de la novela y especialmente, en los capítulos que conciernen al segundo plano, el de los arruinados, hay un fluir incesante de tenderetes y tiendas, siempre a prisa y corriendo, de pasada, muy de pasada, para expresar juntas la necesidad e imposibilidad tantálicas de comprar, la cotidiana angustia de la trampa y el infundio.

Y, para encarecer el valor de la pobreza, reitera Galdós, anteponiéndolo, el adjetivo *santo*. Lo empareja con *día* —como solemos oírlo, pero refiriéndose, en este caso, a la jornada de azacaneo agotador de Antoñito, recién casado— (707), y —lo que no es corriente— con *sueldo* (756); *perra* —la chica, de cinco céntimos, y la gorda, de diez— (759); *hambre* —usado en superlativo— (700); y también la variante de «el pordioseo bendito» (736): el santo día, con el pordioseo bendito, la santa perra, el hambre santísima y, por fin, el santo suelo. Si relacionamos esa reiteración única con el capítulo XXVII, de intento el más alegre del libro, el que describe el arrabal miserable de Las Cambroneras en la margen izquierda del Manzanares, sería, por decirlo así, la canonización del tema. El día ocupado entero en

[4] RICARDO GULLÓN, *Técnicas de Galdós* (Madrid, 1970), p. 131.

el trabajo, que da escasamente para vivir, es santo. La perra que da a secas —y duro, a veces—, el pan nuestro de cada día, es santa. El pordioseo, o pedir por Dios, reporta bendiciones al caritativo. El hambre es santísima; las Obras de Misericordia piden remediarla y el que la siente es burlado y robado por la sociedad. Y a los pobres en Las Cambroneras, dice Galdós, «por diez céntimos se les daba una parte del suelo, y a vivir» (756). Y también por nada. El suelo es camastro de descanso, hospital y hasta nido de amor para el pobre y espera siempre fiel, noche y día, sin engendrar pereza. Tal tipo de sintagma nominal es, con otros elementos, frecuente en Galdós y, algunas de sus combinaciones, refuerzan, por oposición o complemento, lo que expresa *santo* con valor intensivo. Así, «la indecente moneda» (700), «la dura realidad» (767) o «la fiera necesidad» (708), «la atroz desventura» (768) —de ir a la «otra» *Misericordia*, a San Bernardino—, «el acerbo llanto» (771), «la perra suerte» (758), «el fiero polizonte» (768), etc.

Y, para terminar, quizá sea necesario preguntarse, qué es lo que realmente mantiene Benina y por qué. *Misericordia* se escribió en marzo y abril de 1897. En agosto moría asesinado Cánovas y, el año siguiente, era, nada menos, que 1898. En 1884, don José Ido del Sagrario, no tan ido como podríamos pensar, se expresaba así en las páginas de *Tormento*: «¿Dónde está la honradez? En el pobre, en el obrero, en el mendigo. ¿Dónde está la picardía? En el rico, en el noble, en el ministro, en el general, en el cortesano... Aquéllos trabajan, éstos gastan. Aquéllos pagan, éstos chupan. Nosotros lloramos, y ellos maman» (II, 13). Y este mismo año de *Tormento* —tormento novelesco y tormento nacional—, Refugio le espeta a la Pipaón en *La de Bringas:* «Esto es un Carnaval de todos los días, en que los pobres se visten de ricos. Y aquí, salvo media docena, todos son pobres». Y luego: «... engañáis a medio mundo y queréis hacer vestidos de seda con el pan del pobre» (II, 215). Tuñón de Lara cita el siguiente testimonio de la situación en 1885 —un año después— de un visitante alemán ilustre: «Dijérase que todo se reduce aquí a satisfacer a los 100.000 españoles de las clases distinguidas, proporcionándoles destinos y haciéndoles ganar dinero». Y aludiendo el testigo a la eficacia del turno gubernamental de Cánovas y Sagasta, concluye: «Todo ello constituye un sistema de explotación de lo más abyecto, una caricatura de constitucionalismo, frases y latrocinio»[5]. Valle-Inclán, en 1920 —treinta y cinco años después—, veía a su alrededor lo mismo, más o menos.

Lo que está diciendo Galdós es que nuestra apariencia civilizada se le debe al pobre. El pueblo, a costa de hambre y sudor, logra que un bien

[5] MANUEL TUÑÓN DE LARA, *La España del Siglo* XIX (París, 1968), p. 282.

nacido arruinado no tenga que bajarse del pedestal, y mantenga en presente sus pasadas e inmerecidas grandezas; que, sin tener un céntimo, se permita el lujo de hablar, durante horas, de la Emperatriz Eugenia o de lo bien que monta a caballo; que haya cepillos, chisteras, condecoraciones, plumeros, guerras perdidas de antemano, honor de uno solo, acumulaciones ingentes de capital. ¿Dónde iría a parar esa tramoya bamboleante y sus pésimos actores si no existieran Benignas y Benignos, que no han perdido la fe, ni el amor, ni el único patriotismo que existe —el del trabajo—, ni la esperanza en un país hipotético como Dios manda? El desnudo tapa al que se vistió siempre; es el que siente la vergüenza, el que dice —lanzándose al sacrificio— «eso no puede ser». Son ellos, los pobres, los que hacen el país, aunque entre ellos la mayor parte no lo sospecha todavía. Creen que el único capaz de dar es el rico. Por eso no conciben (capítulo XXIX) que Benina, una pobre más, les dé limosna y, al ver que no es la benefactora adinerada, «la otra», doña Guillermina Pacheco, salvajemente la apedrean. Los pobres, dice Galdós, lo hacen todo: ahí están las doncellas para ayudar a vestir, las Benignas para buscar y cocinar el sustento, los mendigos para ganarles la Gloria, los soldados pobres para que haya generales, el auriga para esperar de madrugada a que se termine el coito o la partida de cartas, el carpintero, la costurera, el albañil, el herrero, los ojos mantenidos en secular ignorancia para que se deslumbren con las levitas, las joyas, los carruajes, la sonrisa vacía de los políticos. Sólo ellos crean los Bancos a costa de sus malas viviendas, su mala ropa y sus hambres... ¡Qué vergüenza no tener clases superiores!, piensan. ¿No seremos culpables también nosotros? ¡Arrimemos el hombro!, dicen...

El amo que deja a su criado mantenerle, ¿merece ser amo?

Y, en la época de las vacas gordas, de las herencias, ¿dónde está el agradecimiento de los llamados superiores? Doña Paca abandona a Benina, por la que había vivido, como Fernando VII, sólo ochenta y tres años antes, abandonó al pueblo, por el que volvió a ser rey.

¡*Santa Misericordia* galdosiana!

MEDARDO FRAILE

University of Strathclyde, Glasgow, Scotland